

In Memoriam

María Victoria Castro Rojas (Santiago de Chile, 1944-2022)

Javiera Carmona Jiménez

Universidad de Playa Ancha, Chile

jcarmonaidees@gmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-5519-416X>



Victoria Castro en Patillón, pueblo rural en Toconce, 1973.

Archivo personal de Victoria Castro

Javiera Carmona Jiménez
In Memoriam
María Victoria Castro Rojas (Santiago de Chile, 1944-2022)



Victoria Castro en Cariquima, con Carolina Villagrán y otras personas, septiembre de 1997.

Fotografía: Gilberto Sánchez



Victoria Castro y Fernando Maldonado en homenaje de la Sociedad Chilena de Arqueología en Puerto Montt,
diciembre de 2021.

Fotografía de Calogero Santoro

Victoria se fue a los cielos. Esperó el Machaq Mara y el Inti Raymi y se despidió para siempre en el We Tripantu (24 de junio)

El viernes 24 de junio de 2022, falleció en Santiago (La Reina) a los 77 años, la arqueóloga y etnohistoriadora chilena Victoria Castro Rojas, estudiosa de las sociedades de Los Andes del pasado y del presente, integrante destacada de la generación de intelectuales latinoamericanos políticamente comprometidos desde sus disciplinas con las transformaciones sociales del continente hacia lograr sociedades más justas y equitativas, razón por la que fueron reprimidos, exiliados o arrinconados por las cruentas dictaduras de la región, de las décadas de 1970-1980. Lenta e inaplazablemente se extingue esta generación que bebió directamente de las fuentes del ideario latinoamericano emancipador, transversal a todas las áreas del conocimiento, desde las Humanidades, Ciencias Sociales hasta las Artes. Es una generación que deja su huella indeleble en obras monumentales, como es el caso de Victoria Castro, con una producción científica premiada y reconocida a lo largo de los años 2000 a nivel nacional e internacional.

Al recibir en 2008 la distinción Profesora Emérita, Víctor Pérez Vera, rector de la Universidad de Chile, destacó el trabajo de Victoria Castro “siguiendo con pasión los caminos del Inca, (...) embajadora del mundo andino, infatigable en su búsqueda por descubrir el pasado y presente de las poblaciones que moran el norte chileno” (Universidad de Chile 2008). Los méritos realizados por el Rector aludían a la invitación de la Unesco en 2003 para participar como especialista en el panel técnico del largo proceso de nominación del Qhapaq Ñan – Sistema Vial Andino (Camino Principal del Inka) en la Lista de Patrimonio Mundial, proceso finalizado en 2014. En una ocasión, Victoria Castro explicó a los lectores de un diario chileno que “el Camino del Inca es el mayor artefacto andino que existe, quizás en el mundo, porque recorre seis países con su red vial. Allí encontramos construcciones arquitectónicas de la época incaica, restos de cerámica, arte rupestre y caminos de piedras, entre otras cosas” (Espejo 2018). El guiño final

de la frase sobre “las otras cosas”, instruía sobre la convergencia y articulación múltiple y variable de lo tangible y lo intangible que la arqueología se desvela por esclarecer, y que Victoria Castro logró despejar con su vasto conocimiento del mundo andino para incentivar su valoración desde la comprensión de la profundidad de la existencia humana. El Qhapaq Ñan fue entendido por Victoria Castro como “producto de una filosofía y estrategia expansiva, que va mucho más allá de sus componentes físicos” (Castro 2003), deslizándose la necesidad de adecuación del sujeto cognoscente a la naturaleza compleja de su objeto de estudio y no al revés, al tratarse de una problemática científica que compromete distintas ciencias y saberes. Tempranamente, Victoria Castro se movió ágil y prudente entre las fronteras disciplinares para abordar la comprensión de las sociedades del pasado –andinas y del sur de Chile (Castro y Adán 2001)– lo que implicó una fractura epistemológica que trascendió hacia los métodos, teorizaciones e, incluso, posicionamiento bioético, como científico y ciudadano. En su primer informe técnico sobre el Qhapaq Ñan advirtió que “hay otros temas sensibles que requieren la voluntad de

generar entendimiento entre los especialistas y los pueblos que sean afectados por esta puesta en valor. Un tema de educación mutua, en el trato y en el entendimiento” (Castro 2003) apuntando, con mucha anticipación, al diálogo de saberes y co-construcción de conocimiento que en la actualidad se promueve desde los movimientos emergentes decoloniales presentes en distintas trincheras de la academia que intentan revertir la exclusión “en la mirada científica” de las comunidades actuales interpeladas sobre su propio pasado. El sitio Qhapaq Ñan despertó polémica apenas nominado por la Unesco debido a la falta de participación de las poblaciones en el proceso de patrimonialización conducido por los Estados y sus especialistas, ignorando la advertencia que hiciera Victoria Castro en su primer informe.

En 2018, poco después de recibir el premio *Award for Excellence in Latin American and Caribbean Archaeology* por la *Society for American Archaeology* -llamado por un diario chileno como “el Oscar de la arqueología”-, Victoria Castro señaló en la ceremonia de firma del *Acta de Tarapacá* por 17 premios

nacionales de distintas disciplinas, sobre la necesidad de fundamentar una narrativa científica de la historia de la humanidad en el Desierto de Atacama que vaya más allá de las publicaciones académicas y formación de estudiantes, integrando a distintos actores y compartiendo con la sociedad civil los resultados de las investigaciones que revelaron en un rango de varios miles de años diferentes ejemplos de resiliencia socio cultural frente a los cambiantes escenarios naturales, los que se han vuelto cada vez más áridos, hasta el punto actual de no retorno. Días después, Victoria Castro fue enfática en una entrevista en televisión sobre la urgencia de asumir la ética científica que impele a las investigadoras e investigadores a abrirse hacia las comunidades locales, regionales y de todo el país, ante la dramática situación de comunidades privadas del acceso al agua y en el contexto de escasez hídrica del norte de Chile. Ya en la década de 1990, Victoria Castro había iniciado el estudio de los paisajes culturales del río Loa Superior, y constataba la centralidad del agua dulce entre un conjunto de analogías entre la arqueología y los fenómenos actuales que incentivaron nuevos diseños metodológicos.

El estudio de la ceremonia de limpieza de canales que perduraba en los pueblos de Aiquina y Toconce (con registro fotográfico y sonoro de la “música para el nacimiento del agua”) reveló la amenaza que implicaba la extracción de las aguas sobre estos paisajes culturales, los asentamientos humanos y la vida misma de la comunidad y “ello obliga a un trabajo urgente” (Aldunate, Castro y Varela 2002). Un llamado hecho hace más de veinte años.

Su primera incursión en el universo del desierto chileno fue en 1973, en el sector de Patillón -a más de 3 mil metros sobre el nivel del mar y a 90 km. al este de Calama- donde constató que el pasado arqueológico no se puede comprender sin entender la vida actual de las comunidades indígenas. En la aldea prehispánica de Toconce inauguró la larga relación de amistad, sentido y respeto mutuo con las mujeres y hombres descendientes de los antiguos habitantes, y con sus saberes y afectos. Desde entonces y para siempre, Victoria Castro nunca más se alejó del norte ni de las comunidades atacameñas.

Tal como se descubre en estos fragmentos del trabajo científico de Victoria Castro, hay constantes que se extienden a lo largo de su pensamiento y su praxis. Una de ellas es la oposición tenaz a la fragmentación de saberes en el estudio de la complejidad de la existencia humana, lo que incluye los “otros saberes”, aquellos que provienen de las comunidades actuales. Otro rasgo característico es su convicción ética o el carácter indisociable del compromiso ético en la actividad científica, el que se traduce en comunicar los hallazgos al resto de la sociedad en todas las formas posibles y en relevar el sentido social del conocimiento científico desde su valor para enfrentar los desafíos del presente. Por último, la preocupación por los usos sociales de la cultura material que estudia la arqueología, anticipándose a la discusión patrimonial ampliamente desarrollada en el siglo XXI. En la lección inaugural del año 2012 en la Universidad Alberto Hurtado, compartió una reflexión de John Murra, a quien admiró, propagó sus enseñanzas y emuló: “uno está en este negocio porque vio la humanidad y su posición”. La arqueología que cultivó Victoria

Castro fue el ejercicio que convoca el ser humano y lo social, a nosotras y las otras.

Tales atributos distinguen el trabajo de Victoria Castro y ella es representativa de una generación de pensadoras e intelectuales latinoamericanas que lenta e indefectiblemente se extingue.

A fines de la década de 1960, Victoria Castro se formó como arqueóloga en la Universidad de Chile luego de cursar la carrera de pedagogía en filosofía en el Instituto Pedagógico de la misma universidad, época de gran efervescencia política y social en América Latina que incentivó poderosas luchas obreras, mineras y campesinas, y amplias movilizaciones estudiantiles que Victoria Castro abrazó. La arqueología chilena, así como en otras partes de la región y el mundo, se preguntaba por el modo de contribuir con una sociedad más justa y equitativa. Victoria Castro enfrentó este dilema como pionera de la etnoarqueología chilena, enfoque que ella encarnó y definió como la reflexión arqueológica orientada a través de las prácticas y vivencias de las personas actuales que han estado más cerca de sus ancestros. En definitiva, se podría plantear

que la etnoarqueología fue para Victoria Castro un compromiso ético con la vida y, la arqueología, un trabajo de humanidad.

Rosa Devés, rectora de la Universidad de Chile, reconoció en el funeral de Victoria Castro que su figura no solo fue la de una profesora ejemplar, sino de una intelectual imprescindible para que el país alcance las grandes metas que se ha fijado. “El espíritu de Viki es el que hoy necesita no solo la universidad sino también el país. Esa manera de caminar por la vida persistente, pero buscando el camino, haciéndose preguntas, dispuesta a cambiar ese camino, en la medida que iba conociendo a otros y a otras (...) conociendo de una manera amorosa, conociendo con el corazón abierto”.

Victoria se fue a los cielos como Violeta, en La Reina, con altura y sencillez. Esperó el Machaq Mara y el Inti Raymi, y se fue en el We Tripantu.

Referencias citadas

Aldunate, Carlos; Castro, Victoria & Varela, Varinia (2003). Oralidad y arqueología: una

línea de trabajo en las Tierras Altas de la Región de Antofagasta. *Chungara* 35 (2), 305-314.

Castro, Victoria & Adán, Leonor (2001). Abriendo diálogos. Una mirada entre la etnohistoria y la arqueología del área centro-sur de Chile: asentamientos en la zona mapuche. *Revista Werkén* (2), 5-35.

Castro, Victoria (2004). Riqueza y complejidad del Qhapaq Ñan. Su identificación y puesta en valor. En *Tejiendo los lazos de un legado Qhapaq Ñan*. Lima: Unesco, 40-47.

Espejo, Valentina (2018). Chilena que estudió el Camino del Inca ganó el “Oscar” de la arqueología. *Las Últimas Noticias*, 1.04.2018, p.4.

Universidad de Chile, Facultad de Ciencias Sociales. “Cuatro connotadas académicas de FACSOS recibieron la distinción “Profesor Emérito”, 4.11.2008. Disponible en: http://www2.facso.uchile.cl/noticias/2008/profesor_emerito.html